

## DISPOSICIONES PARA ENTRAR EN LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

Jn 5,19: "En verdad os digo que el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre"

Jn 5,30: "No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado"

Prov 23,26: "Hijo, dame tu corazón"

Sal 102: "Gustad y ved, qué bueno es el Señor"

Is 44,2-3: "Derramaré agua sobre la tierra sedienta y torrentes sobre el suelo seco"

"Inseparables son, pues, las obras del Padre y del Hijo. El mismo sentido tienen estas palabras: "No puede hacer el Hijo nada por sí mismo", que estas otras: "El Hijo no es de sí mismo". (...) Dice el Hijo único: Yo no busco mi voluntad, ¿y los hombres quieren hacer la suya propia? Él, que es igual al Padre, se humilla hasta este extremo... Hagamos, pues, la voluntad del Padre, y la voluntad del Hijo, y la voluntad del Espíritu Santo; esta Trinidad es una sola voluntad, y un solo poder, y una sola majestad" (SAN AGUSTÍN).

Señor, vengo a traerte  
mi corazón antiguo,  
mi corazón que ahora  
pueblan sombras y lirios  
pero que antes fue  
distinto.

Señor, te lo tenía  
encerrado hace siglos  
en el trompo de música  
y trinos  
que me diera mi madre  
una tarde de olivos,  
una tarde en que toda-  
vía eras mi amigo.

Pero ahora lo siento  
por mi pecho vacío

y me cuelga y me pesa  
como un sol de granito,  
como un ojo de bronce  
que empujara los míos  
hacia un mundo de montes  
amarillos  
donde la tierra fuera  
clamor de muerto vivo.

Señor, vengo a traerte  
mi corazón sencillo,  
aquel que yo encendía,  
cada día, contigo,  
pero que luego fue  
poniéndoseme frío,  
quedándoseme oscuro,  
muriéndoseme vidrio,  
volviéndoseme otro

distinto.

Y este es el que te traigo,  
Pastor del claro silbo,  
oveja sin vellón  
ni balido,  
a la que le azuzaron  
los perros del olvido,

estos perros que nace  
mi corazón recién nacido.  
(Carlos Murciano, 1931- )

“En este momento mi recuerdo vuelve al 22 de octubre de 1978, cuando el Papa Juan Pablo II inició su ministerio aquí en la Plaza de San Pedro. Todavía, y continuamente, resuenan en mis oídos sus palabras de entonces: “¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!” El Papa hablaba a los fuertes, a los poderosos del mundo, los cuales tenían miedo de que Cristo pudiera quitarles algo de su poder, si lo hubieran dejado entrar y hubieran concedido la libertad a la fe. Sí, él ciertamente les habría quitado algo: el dominio de la corrupción, del quebrantamiento del derecho y de la arbitrariedad. Pero no les habría quitado nada de lo que pertenece a la libertad del hombre, a su dignidad, a la edificación de una sociedad justa. Además, el Papa hablaba a todos los hombres, sobre todo a los jóvenes. ¿Acaso no tenemos todos de algún modo miedo –si dejamos entrar a Cristo totalmente dentro de nosotros, si nos abrimos totalmente a él–, miedo de que él pueda quitarnos algo de nuestra vida? ¿Acaso no tenemos miedo de renunciar a algo grande, único, que hace la vida más bella? ¿No corremos el riesgo de encontrarnos luego en la angustia y vernos privados de la libertad? Y todavía el Papa quería decir: ¡no! quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada –absolutamente nada– de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera. Así, hoy, yo quisiera, con gran fuerza y gran convicción, a partir de la experiencia de una larga vida personal, decir a todos vosotros, queridos jóvenes: ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida. Amén” (BENEDICTO XVI).